LUIS LINARES BECERRA * ANGEL CUÉLLAR

GRANETE



JUGUETE CÓMICO
EN UN ACTO Y EN PROSA
ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, núm. 12.
1906

GRANETE

GRANETE

Juguete cómico en un acto, en prosa, original de

LUIS LINARES BECERRA

Y

ANGEL CUELLAR

Estrenado en el Teatro BARBIERI, de Madrid, la noche del 4 de Diciembre de 1905.



MADRID

De la Fuente, impresor, Cava Alta, 15.

1906

A Loreto Prado y Enrique Chicote, en testimonio de admiración y afecto.

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	*ACTORES*
—	—
BLANCA.	Sra. Gutiérrez.
PURITA.	Srta. Vergara.
GRANETE.	Sr. Coronel.
ERNESTO.	» Calleja.
RONCILLON.	» Medrano.
RODRIGUEZ ALMEJOSO. .	» De la Fuente.
EL JUEZ.	» Valero.
CARPÉTEZ (alguacil). . . .	» Cohén.

Individuos de la Policía y de la curia.

La acción en Madrid y en nuestros días.

Indicaciones del lado del actor.



ACTO ÚNICO

Habitación amueblada con lujo; puertas al foro y lateral derecha; balcón á la izquierda; es de día.

ESCENA PRIMERA

BLANCA y ERNESTO

Ernesto sentado junto á una mesita abriendo y leyendo unas cartas. Blanca sentada junto al balcón leyendo un periódico.

Blanca. ¡Que horror!..

Ernesto. ¿Que te pasa, hija mía?

Blanca. ¡El anarquismo, el maldito anarquismo!..

Ernesto. ¿Alguna otra bombita?

Blanca. Por lo visto. Esas fieras no se hartan de sangre .. Oye, oye. (Lée) «Barcelona, seis.-La policía sigue activamente la pista de cierto individuo sospechoso, al que en la tarde del jueves vióse conversar con otro sujeto melenudo. oyéndosele palabras sueltas de «bomba» «teatro» «redentora»... Sospéchase con fundamento, que el citado individuo proyecta un nuevo atentado por medio de la dinamita. Las autoridades han adoptado grandes precauciones. El sujeto sospechoso, viste chaquet raído, sombrero de paja y parece ser que se apellida Granete.»

Ernesto. ¿Como? ¿Granete?.. No; no puede ser. Granete era un compañero mío de oficina y de hospedaje, allá por mis verdes años; un hombre pacífico y aficionado al queso de bola... ¡Imposible!

Blanca. Entonces será otro grano.

Ernesto. Eso es; será otro Granete. (Pausa.) Pero... ¿Y tu madre?

Blanca. Está más tranquila.

Ernesto. ¡Gracias á Dios! Me casé contigo por salir del lado de mi tía, que había perdido la razón y vengo á dar con tu madre que á los dos meses de nuestro matrimonio se volvió loca, porque la criada no quiso freír los huevos con bandolina.

Blanca. ¿Pero á qué recordar?

Ernesto. Hija mía, estas cosas son de las que dejan recuerdos... y hasta expresiones á la familia. Gracias á que dentro de poco saldré de vosotras.

Blanca. ¡Ernesto!

Ernesto. Vamos, de tu madre. Hablé en plural, porque tu madre vale por media docena. Me escribe desde Almería mi amigo Salmodia, diciéndome que me envía un representante suyo para tratar de la dirección de la mina de oro «La Niña» de su propiedad y como el cargo de director en una mina, es una mina, aquí tienes á Ernesto González, ingeniero de minas, calle de las Minas, 8, dispuesto á aceptar «La Niña» y á salir para siempre del lado de tu simpática madre, que, también es una mina.

Blanca. ¡Pobre mamá!.. Es un angel...

Ernesto. Si; un angel que le tira á uno los cubiertos á la cabeza. Tiene accesos incomprensibles. ¿Que le hizo, por ejemplo, el otro día la chistera de aquel señor que vino á hablarme de lo de los tranvías, para que vertiese dentro dos tortillas guisadas?

Blanca. Son manías. Tiene odio irreconciliable á los sombreros.

Ernesto. Sobre todo á los de copa. Parece que la atraen.

Blanca. Y que calladita está ahora...

Ernesto. Estará durmiendo.

Blanca. No; estaba en tu gabinete.

Ernesto. (Levantándose). ¡En mi gabinete! ¡Donde están los sombreros! Corre Blanca, corre á ver si puedes evitar un chistericidio.

Blanca. Voy, voy...

Ernesto. Anda mujer, anda, que si nó, no van á quedar ni las sombrereras. (Váse Blanca por el foro).

ESCENA II.

ERNESTO.

¡Gracias á Dios que la eché de mi lado! ¡Dios de Dios que apuros! Yo engañé á la hija que era una criatura de diez y ocho añitos, pluscuamperfectamente hermosa pero... ¿quién engaña al padre que es Coronel de Carabineros? (Cojiendo una de las cartas que están sobre la mesita) Y en su carta lo dice bien claro: «Salgo inmediatamente para esa, á por su mano ó á por su vida...» La mano no puedo dársela, porque es de mi señora, y la vida ni aún prestada se la dejo llevar. Y gracias á que este buen señor no me conoce, pues cuando mis trapicheos con Margarita, él estaba en Gata vijilando un cargamento de mondarinas. Pero aunque así sea, si viene y pregunta por mí ¿como le voy á decir que yo no soy yó, y que yó es otro, para que al fin se descubra que soy yo, yó, y le rompa las narices á yó, es decir, á mi? Estoy perdido si la providencia no me saca de este laberinto de Creta, por medio de un nuevo hilo de Ariadna.

ESCENA III.

Dicho y PURITA, por el foro.

Purita. Señorito Ernesto...
Ernesto. ¿Que hay Purita?
Purita. Un señor que pregunta por usted.
Ernesto. ¡Dios santo!.. ¡San Luis de los franceses! ¡San Rufo virgen y mártir!.. ¡¡El Carabinero!!
Purita. ¿Que le digo?
Ernesto. Que se vaya; que yo no soy Ernesto González, que me

llamo Pío Hache... Sixto, Sexto...

Purita. Trae muy mala cara.

Ernesto. ¡Claro! El mal humor... el mal carácter...

Purita. No señor; á mí me parece la debilidad.

Ernesto. ¿Como la debilidad?

Purita. Si; tiene cara de no haber comido caliente, desde que estrenó el traje que lleva... y éste parece un mantón de Manila por los flecos.

Ernesto. No; pues no es el Carabinero. Dile que pase. Vamos, será algún peticionario. (Váse Purita). ¡Vaya un susto! ¡Oh!. La conciencia... la con... Pero ¿quién es esta facha?

ESCENA IV.

ERNESTO y GRANETE.

Granete. (Entra vestido con chaquet raído y pantalón con algunos remiendos de distinto color). ¡Ave María!

Ernesto. Adelante.

Granete. ¡Ave María que frío tengo González de mi alma! Creí que no llegaba. (sentándose). Chico, perdóname que me siente. (observando). Veo que vives con lujo.

Ernesto. Caballero, no comprendo...

Granete. Vamos, no me conoces. No es extraño; con este traje y estos remiendos parezco un juego de damas. ¡Ay Gonzalez de mi corazón, como cambian los tiempos!.. En fin, dáme un cigarro.

Ernesto. Pero señor mío,..

Granete. Hombre, no seas bruto.

Ernesto. ¡Canastos, caballero!

Granete. Ven á mis brazos, mala persona.

Ernesto. (Es un loco)

Granete. ¿Yá no te acuerdas de Granete?

Ernesto. ¡Como!... ¿Granete?... ¿Usted Granete?.. ¿Tu Granete?... ¡Ven á mis brazos Granete! (Abrázanse).

Granete. Vamos, veo que no eres orgulloso y eso me congratula. A muchos suele subírseles el lujo á la cabeza.

Ernesto. Jamás me olvido de los buenos amigos. Pero dime, dime, ¿como has venido?

Granete. ¡Hay Gonzalez de mi alma!... Desde Barcelona hasta Guadalajara, en un vagon de tercera, sin billete; á ratos, debajo de unas respetables jamonas, á ratos, encima, encima de un fardo de bacalao de Escocia...

Ernesto. Pero hombre...

Granete. Si, Gonzalez, sí; mi vida es un mundo. Desde que terminaste la carrerra y saliste del Ministerio, hasta hoy, mi vida há sido un descenso. Tu has ido subiendo; yo hé ido bajando. A los ocho días de salir tú, me dejaron cesante en el Ministerio; busqué colocación, no me la dieron; te busqué, y te habías marchado de Madrid. ¡Qué penalidades Gonzalez querido! Hé sido guardia y bombero y hasta dependiente de un establecimiento de bicicletas. Me ofrecieron una colocación en Barcelona y allí me fuí...

Ernesto. ¿Andando?

Granete. En el tope de un mercancías. Yo hé explicado Geografía, Anatomía, Histología Mecanografía y Trigonometría. ¡Yo lo hé enseñado todo!

Ernesto. ¿Y ahora?

Granete. Sigo enseñándolo todo Gonzalez de mis entretelas. (Levantándose el faldón del chaquet de modo que no lo vea el público) Mira.

Ernesto. ¡Horror!... Tapa tapa... ¡Pobre amigo mío!... ¿Y ahora en que te andas?

Granete. ¿Que en que me ando?... En las plantas de los calcetines (enseña una bota con la suela colgando.)

Ernesto. De modo que tu porvenir es...

Granete. Un porvenir de carbonero ¡Muy negro!

Ernesto. Yo puedo ayudarte.

Granete. A eso vengo. Tú eres mi última esperanza, eres el clavo ardiendo, eres mi salvavidas y mi salva estómago.

Ernesto. (¡Ah que idea!...) Tu si que puedes ser mi salvación.

Granete. Ya estás salvado.

Ernesto. Tu eres la providencia.

Granete. ¿Si? Pues ya puedes ordenar que le den un caldo á la providencia, y esto como primera providencia, porque desfallezco.

Ernesto. Luego, luego comerás y te vestirás más decentemente.

Granete. Te reconozco Gonzalez, el de siempre, tan generoso, tan expléndido... Prometo dedicarte mi obra cuando la estrene. (Sacando del bolsillo un gran legajo de papeles.) Toma, aquí la tienes.

Ernesto. ¿Que es esto?

Granete. «La Bomba redentora» Mi trabajo de muchos días... Eso me dará renombre y gloria. Guárdala.

Ernesto. ¿Y piensas ponerla aquí en Madrid?

Granete. En el primer teatro que encuentre.

(En este momento se oye tras de la cortina de la puerta del foro una exclamación: ¡Jesús!)

Ernesto. ¿Eh?... me pareció haber oido...

Granete. Y á mi también.

Ernesto. Seguramente, mi mujer; tiene el feo vicio de escuchar. (Despues de ir á la puerta del foro). Pues bien mi querido Granete, yo te ayudaré en la empresa, pero como antes te dije, necesito que tu me salves.

Granete. Habla. (Se sientan)

Ernesto. Cuando estuve en Málaga el año pasado para examinar unas minas, que luego resultaron no serlo, me enamoré de un lindo boqueroncito...

Granete. Oye, oye no hables en sentido figurado. (Abriendosele la boca). Hay imágenes que despiertan el apetito.

Ernesto. Aquello fué un devaneo.

Granete. Vamos; ¿te comiste el boquerón?

Ernesto. No.

Granete. ¡Que tonto!. Yo en tu lugar y con el hambre que tengo, me lo como, ya lo creo que me lo como.

Ernesto. Yo no hice más que enamorarme. Me fingí soltero y desperté en su pecho una pasión volcánica. La niña lo valía; tenía unos ojazos negros... y unas carnes...

Granete. (Suspirando). ¡Ay que carnes!.

Ernesto. Y unos labios, rojos como la fresa...

Granete. ¡Ay que fresa!...

Ernesto. Y un cutis, blanco como la leche...

Granete. ¡Ay que... ¡Ay que cosas dices querido Gonzalez!

Ernesto. Despachado el asunto que allí me llevó tuve que regresar á esta no sin dar á la otra palabra formal de casamiento.

Granete. ¿Y qué?

Ernesto. Que ayer me escribió el padre, á quien no conozco pues se hallaba ausente de Málaga cuando mis escarceos con su hija, y me dice que se ponía en camino para llevarse ó mi mano ó mis muelas.

Granete. ¿Y que más?

Ernesto. ¿Te parece poco? De un momento á otro llega ese señor, se entera mi mujer, porque armará un escandalo de seguro...

Granete. De seguro.

Ernesto. Y se entera mi suegra.

Granete. ¡Ah! pero ¿tienes suegra?

Ernesto. Y loca.

Granete. ¿Loca? Pues no sabía una palabra. Me dijeron que habías cometido la locura de casarte, pero no me dijeron nada de lo de la otra locura.

Ernesto. ¿Cual?

Granete. La de tu suegra. ¿Y con qué la toma?

Ernesto. Con todo y con todos. Son vértigos sus ratos de locura. Confunde á las personas. A lo mejor te confunde á tí con Eduardo VII.

Granete. Sería el colmo de la locura.

Ernesto. No hay mejor cosa que llevarla el carácter. Si se la contraría se pone furiosa y lo primero que encuentra á mano te lo tira á la cabeza.

Granete. Pues dí tu que esta casa está hecha un paraíso y por lo visto no faltaba mas que un Adan; ego. (Por el traje.)

Ernesto. Yó te vestiré. Ven á mi gabinete y allí te arreglarás.

Granete. Falta me hace, porque ya has visto que vistas cinema-

tográficas. Me estoy viendo en la prevención por escandaloso.

Ernesto. Pues vamos adelante y entre tanto yo te referiré lo que hé pensado para que me libres de las iras de ese carabinero ofendido.

Granete. Vaya, pues vamos. (Granete trata de irse por la lateral.)

Ernesto. No; por ahí no; por ahí se vá al comedor.

Granete. ¡Ah! pues vamos por ahí... por ahí...

Ernesto. Luego, cuando te presente á mi esposa.

Granete. ¡Ay! preséntamela pronto.

Ernesto. ¿Tienes muchos deseos de conocerla?

Granete. Lo que tengo son muchos deseos de comer Gonzalez de mi vida. (Mútis por el foro).

ESCENA V.

BLANCA Y PURITA por la derecha.

Blanca. ¿Pero es verdad Purita?

Purita, Si, señorita si; Granete se llama.

Blanca. ¡Dios mio, Granete!... El que persigue la policía de Barcelona... Y luego eso que le he oido decir de la bomba...

Purita. ¿Es anarquista?

Blanca. Si.

Purita. ¡Jesús que horror!

Blanca. ¡Que miedo Purita!

Purita. Y el señor ¿por qué le recibe en casa?

Blanca. Porque fué amigo suyo de pequeño, cuando era honrado.

Purita. Quizá sea otro Granete.

Blanca. No; las señas que tu me has dado y las del criminal de Barcelona que trae el periódico, son idénticas.

Purita. Pero entonces vá á comprometer á ustedes.

Blanca. ¡Claro!

Purita. Echenle ustedes á la calle.

Blanca. Y es capaz de vengarse poniéndonos una bomba debajo de la cama.

Purita. ¡Dios mío de mi alma!

Blanca. ¡Dios mío si se entera la gente!

Purita. Y la Justicia.

Blanca. Nos procesarían por anarquistas, ó á lo menos por cómplices.

Purita. ¡Que situación!... ¡Ah! se me ocurre una idea.

Blanca. ¿Cual?

Purita. Empezar á pedir socorro por el balcón.

Blanca. ¿Te has vuelto loca?... Yá sé lo que debemos hacer.

Purita. Diga usted señorita.

Blanca. Escribir una carta al Juez de guardia, diciéndole que sorprendiendo la buena fé y abusando de la antigua amistad que le une á Ernesto, el autor de la bomba se há refugiado en nuestra casa.

Purita. De perlas, señorita.

Blanca. Porque si le ocultamos, van á creernos cómplices.

Purita. Seguramente.

Blanca. Y si le expongo á mi marido mi idea no accederá á la perdición de su amigo.

Purita. Y menos con un corazón como el que tiene el señorito.

Blanca. Nada, nada; yo escribo la carta y tu la llevas enseguida porque ese hombre tiene trazas de quedarse aquí algun tiempo.

Purita. Ya lo creo. Me dijo al entrar que teníamos que hacer muy buenas migas porque íbamos á vivir juntos aquí durante muchos días, pero durante muchos.

Blanca. No esperaba la huéspeda ese huésped; esta misma noche duerme en la cárcel aunque se enfade mi marido.

Granete. (Dentro) ¡Pero Gonzalez de mi alma!...

Blanca. Ya vienen. Vámonos, no quiero que me conozca. Vámonos á escribir la carta. (Vánse por lateral.)

ESCENA VI.

ERNESTO. GRANETE. por el foro.

El primero de levita y sombrero de copa como dispuesto pàra salir. El segundo habrá cambiado el chaquet por una levita de Ernesto, que le estará ancha ó estrecha según la diferencia que exista entre los actores. El pantalón será el mismo que sacó al principio.

Granete. ¡Pero Gonzalez, que yo desfallezco! ¡Aunque sea un poco de queso!

Ernesto. Yá, ya comeremos en cuanto yo vuelva. Voy ahí al Ministerio á presentar una Memoria y vuelvo enseguida.

Granete. ¡Maldita memoria!.. No te acuerdes de nada, hombre, no te acuerdas de nada.

Ernesto. Vengo enseguida; entre tanto, si viene el carabinero te haces pasar por mi. Le dices que estás casado, que te dispense, que perdone por Dios, que otra vez será...

Granete. Que no llevo suelto...

Ernesto. Que si te quedas viudo, que verás de complacer á su niña. Y si á pesar de todas esas razones te suelta dos chuletas...

Granete. Me las como, no te quepa duda.

Ernesto. El caso es evitar un escándalo, un disgusto á mi Blanca.

Granete. Que te pondría verde como se enterase.

Ernesto. Y si me salvas de este apuro, yo haré que te repongan en el Ministerio.

Granete. Eso, eso es lo que yo necesito; reponerme.

Ernesto. Si quieres beber algo, en aquel estante tienes una botella de vermouth que te abrirá el apetito.

Granete. ¡Pero si ya le tengo abierto de en par en par!

Ernesto. A ver como te portas. Hasta luego. Oye, no saldrá, pero si por una casualidad saliese mi suegra y te dice algo, no le hagas caso; ya sabes que está loca.

Granete. Bueno.

Ernesto. Voy á dar orden á la criada de que si viene alguien preguntando por mi, lo hagan pasar á tu presencia.

Granete. Está bién; pero que no tardes.

Ernesto. Pierde cuidado. (Medio mutis.) ¡Ah! que se me olvidaba la Memoria.

Granete. Siempre has tenido mala memoria.

Ernesto. Hasta luego. En tus manos tienes el porvenir; á ver como te portas. (Váse por el foro.)

ESCENA VII.

GRANETE.

Granete. ¡Ay Granete donde te has metido! En una casa de locos

por lo que veo. Y menos mal si ese cumple su palabra y, me repone en mi destino despues de reponer mi estómago. (Pausa.) La verdad es que con este levitón no estoy del todo mal. Lo peor de esto son los pantalones, pero todos los de Gonzalez me están hechos una facha. Gracias á que esta levita me tapa algo, aunque no todo. ¡Que líos trae Gonzalez entre manos! Es el mismo de siempre. ¡Con cuantas novias le he reconciliado yo, y cuantos escalones he bajado de cabeza por culpa suya! Me acuerdo de aquel barba de Novedades, que era un bárbaro de suyo, que un día que hacia D. Juan Tenorio me soltó tal bofetada, vestido de Comendador, que á poco le evito á D. Juan el trabajo de matarle en el cuarto acto. Y todo porque Gonzalez había hecho un guiño á Doña Inés, que se había casado con su padre; es decir, que era la esposa del comendador. ¡Que tiempos aquellos! Entonces comía, bebía y vestía; ahora la suerte mía es más impía cada día. (Pausa.) Demonio con la tal levita. (Por lo molesta.) ¿Que tendrá este Gonzalez en los bolsillos? (Registrándolos.) Un rey de bastos... ¡Pobre rey, le han partido! Una bola de naftalina y una mancha de aceite. No; no hay cuidado de que se haya dejado olvidada una onza, aunque no fuera más que una me contentaba... y aunque fuese de chocolate, tambien me contentaba.

ESCENA VIII.

Dicho y PURITA

Purita. (Por el foro y con tono displicente.) ¿Oiga usted señor mío?.

Granete. ¿Que hay odalisca?

Purita. Yo no le he dado á usted piè para que me ofenda, y soy arisca ó no, á usted le tiene sin cuidado.

Granete. Joven amable, no se arrebate tan repentinamente y dígame que quiere.

Purita. Pues que me dijo el señorito que si venía alguien preguntando por él le hiciese pasar á su presencia.

Granete. Bien ¿y qué?

Purita. Que ahí afuera hay un señor que pregunta por D. Ernesto.

Granete. ¡Adios!... El padre del boqueroncito.. Dígale, dígale que pase. ¡Ah! Oiga usted joven ¿A que hora se come en esta casa?

Purita. A las tres.

Granete. (Mirando el reloj de la sala.) ¡Virgen de las angustias!.. ¡Las once y media!..

Purita. Eso, si no se retrasa el señorito ó no está con el ataque la madre de la señorita, en cuyo caso no comemos hasta que se la pasa.

Granete. Y diga usted ¿la dura mucho?

Purita. Tres ó cuatro horas.

Granete. ¡Ay San Juan de Letran! ¡Tengo el estómago como un calcetín!... Que pase, que pase ese señor. (Váse Purita.) Granete, aguza el meollo. No metas el remo Granete. Granete, no seas bruto. Tu porvenir está en las manos de ese padre ofendido. Ten cuidado no te estropée el porvenir y las narices.

ESCENA IX.

GRANETE y ALMEJOSO.

Almejoso. (Desde la puerta del foro.) ¿Se puede?

Granete. Adelante. Siéntese usted, ¿como está usted?

Almejoso. ¿Es usted el dueño de esta casa?

Granete. ¡Ojala!

Almejoso. ¿Como?

Granete. Que si señor. Yo soy el dueño, el dueño; eso es el dueño.

Almejoso. ¿Don Ernesto Gonzalez?

Granete. Eso es; el dueño, D. Ernesto Gonzalez.

Almejoso. ¿Ingeniero?

Granete. Justo, eso es. Don Ernesto dueño, ingeniero Gonzalez... (Lo voy á echar todo á perder.)

Almejoso. Pues bien, señor Gonzalez, yo soy Beato.

Granete. Hace usted bien. Las prácticas religiosas, los ayunos, las confirmaciones... (Este tío me confirma.)

Almejoso. No, no es eso. Yo soy Beato Rodríguez Almejoso.

Granete. ¿Alme... Almejoso?.. ¡Que rico, que rico es usted con arroz!.. Hay apellidos que son una revelación.

Almejoso. Pues bien mi amigo: Usted habrá recibido una carta.

Granete. Si señor.

Almejoso. Entonces ya sabe el objeto de mi visita; yo vengo á formalizar con usted, ¡muy seriamente, el asunto de «La Niña.»

Granete. (¡Ay que sudores!)

Almejoso. Ya sé que cuando estuvo usted visitándola quedó muy enamorado de ella y prometió...

Granete. Mire usted señor Almeja, digo señor Rodríguez. Esas promesas son propias de la juventud. El caracter vehemente que me caracteriza, la belleza que reconozco en su niña; el ambiente que nos rodeaba... Todo en fin, me condujo á enamorarme de ella y....

Almejoso. Empeñó usted su palabra.

Granete. Sí; era lo único que podia empeñar.

Almejoso. Hizo usted muy bien, porque «La Niña» es una alhaja á pesar del defecto que usted sabe.

Granete. ¿Cual, caballero?

Almejoso. Su olor insoportable.

Granete. (¡Caracoles!)

Almejoso. Ya lo notaría usted cuando estuvo por allá.

Granete. Si, si, ya noté, ya noté ... (¿A que olerá la niñita de este buen señor?)

Almejoso. De modo que supongo no habrá inconveniente alguno que usted cumpla su palabra.

Granete. Si señor; hay un pequeño inconveniente.

Almejoso. ¿Y es?

Granete. Que ya estoy comprometido. (¡Ahora me desloma!)

Almejoso. ¿Como?.. ¿Que dice usted?

Granete. Caballero, mire; hay circunstancias en la vida, circunstancias imprevistas, en que un hombre de circunstancias no puede por menos de pasar por ciertas circunstancias. ¿Me há entendido usted?

Almejoso. Ni una palabra.

Granete. (Ygual me há pasado á mi.) Bueno, pues yo comprendo y hasta reconozco que mi conducta, en esta ocasión, há sido un tanto ligera....

Almejoso. Ligerísima, señor González, ligerísima.

Granete. (¡Llegó la hora de la confirmación!)

Almejoso. Por lo menos, usted debió participar con tiempo el compromiso que adquiría y así nos hubieramos evitado muchas molestias. Yo hé venido aquí exclusivamente á por usted. De mi cuenta eran los gastos de su viaje y los de su manutención.

Granete. ¿Los de mi manutención?.. ¡Vámonos enseguida!

Almejoso. ¿Eh?

Granete. (Reflexionando.) Digo que... que vamos á terminar.

Almejoso. Si, terminemos; más tenga usted presente que de rehusar mi ofrecimiento tira usted su porvenir por la ventana.

Granete. ¡Mi porvenir!

Almejoso. Si señor; porque «La Niña» es muy rica.

Granete. ¡Ay que rica!

Almejoso. Y se porta muy bien.

Granete. ¡Oh!

Almejoso. Todos los dias entran en ella doscientos hombres.

Granete. ¡Calamares en tinta! ¿Que dice usted?

Almejoso. Si señor, doscientos hombres.

Granete. (¡Vamos, será cosa de admirarla!) ¿Pero tan hermosa es?

Almejoso. Hermosísima. Tiene unas galerias subterráneas....

Granete. Sí; ya me lo supongo. (¡Cocretas con el papá este!)

Almejoso. ¡Pero si usted las ha visto lo mismo que yo!

Granete. Si señor, es verdad; ya no me acordaba de que le había visto las galerias á su niña.

Almejoso. De seguro que no encontrará usted otra que las tenga iguales. Todo el mundo las alaba.

Granete. ¡Ah! ¿pero las conoce todo el mundo?

Almejoso. Señor González, crea usted que he sufrido una verdadera decepción. Pero en fin, comunicaré telegráficamente lo que ocurre y allá resolverán.

Granete. Eso es.

Almejoso. Volveré no obstante á participar á usted lo que me digan. Beso á usted la mano.

Granete. Vaya usted con Dios. Há tomado usted posesión de la casa de González.

Almejoso. Gracias.

Granete. Recuerdos á la pequeña.

Almejoso. Servidor de Vd. (Váse foro.)

ESCENA X.

GRANETE, después BLANCA.

Granete. Pues tiene buen carácter este señor Almejete, ó Almejilla ó como se llame. Ni siquiera me há roto la cabeza. Otro en su lugar, en cuanto hubiera oído que estoy casado, me sepulta un bastón en el bazo. Este, tan fresco. ¡Por supuesto como su hija! No veo yo que sea tan rica ni tan alhaja oliendo mal y teniendo unas galerías que las conoce todo el mundo. En fin, creo que me hé portado bien. No tendrá González queja de mi. Ahora supongo que cumplirá su palabra y volveré á mi destinito del Ministerio de Estado; porque el estado en que ahora estoy es desesperante. Poco es el sueldo del Ministerio, pero de que yo mate al hambre á que el hambre me mate á mi, vá mucha diferencia. Primero, mi colocación; y después... ¡Ah! después el estreno de «La Bomba redentora.» Mi obra levantará los ánimos. El tipo de Borregastro es ideal, y sublime aquello del tercer acto que dice: (declamando con gran énfasis.)

Eres ladrón como lo fué tu padre.
Chismoso y ruin, como lo fué tu madre;
te cuadre ó no te cuadre,
y aunque el decirlo el pecho te taladre.
has de saber impío
que yo de tus ofensas me sonrío
y te desprecio igual que á una comadre;
porque sábelo al fin: ¡Yo soy tu tío.!

Borregastro se queda frío, y en un momento de desvarío se hace un lío y no dice pío. Y termina la obra con aquellos versos homéricos que le dice á Ruperta:

Yo soy quien soy y á ti nada te importa.
Tu eres mi luz, mi vida, mí Ruperta.
Yo soy quien una bomba no muy corta
há dejado en el quicio de tu puerta.

(Aparece Blanca por el foro.)

Blanca. (¿Que dice este hombre?)

Granete. Y luego resulta que no es debajo de la puerta, sino debajo de la cama donde han dejado la bomba.

Blanca. (¡Dios mío!.. ¿Que está diciendo?)

Granete. Y cuando el joven matrimonio se vá á acostar, estalla la bomba, los esposos mueren abrazados mientras á lo lejos ladra una perra lúgubremente y un sereno canta las cuatro.

Blanca. (¡Dios mio de mi alma!.. ¡Los esposos jovenes somos nosotros!..)

Granete. Muchos, pero muchos miles de duros há de darme «La Bomba.»

Blanca. (Gracias á que ya Purita ha ido al Juzgado á llevar el anónimo.)

Granete. Y la verdad es que las ideas anarquistas son hoy día las que triunfan.

Blanca. (Yo me decido á hablarle; tal vez con la persuación y con las lágrimas....)

Granete. Y yo estoy por lo positivo.

Blanca. ¡Buen hombre! (Llamándole de pronto aunque con tono suplicante.)

Granete. (¡Filete-! ¿Quien es esta señora?)

Blanca. ¡Buen hombre!.. vayase usted de esta casa.

Granete. Señora... (¿Será la mujer de Ernesto?)

Blanca. Si, creame usted; después de todo nosotros no le hemos hecho ningún daño.

Grenete. Pero señora mía...

Blanca. No nos quite usted la vida.

Granete. (¡Dios mio!.. ¡Si es la loca!... Pero que joven parece para ser suegra de González.)

Blanca. Ya que ha sorprendido usted la buena fé de Ernesto, váyase antes de consumar su obra.

Granete. Señora, yo no he consumado ni consumido nada.

Blanca. Lleva el crimen retratado en la cara.

Granete. (Tendré que llevarla el carácter, si no, me tira algo á la cabeza.)

Blanca. Usted es un anarquista; no me lo niegue usted.

Granete. De ninguna manera señora. ¿Como hé de negarlo si está á la vista?

Blanca. Usted há entrado aquí con intención de asesinarnos.

Granete. (¡Riñones!... Anarquista, asesino... Pues bueno me está poniendo.)

Blanca. ¿Que dice usted á eso?

Granete. Que no me parece mal.

Blanca. Es usted un criminal.

Granete. ¡Señora!..

Blanca. Y un anarquista.

Granete. ¡Señora!..

Blanca. Y un asesino.

Granete. ¡Bueno, señora!

Blanca. Acaba usted de asesinar á media humanidad en Barcelona, y viene ahora al seno de una familia honrada á llevar la desolación y la muerte.

Granete. (¡Vaya un equipaje!)

Blanca. Pero no conseguirá usted su deseo infame.

Granete. No lo conseguiré.

Blanca. Porque yo lo impediré.

Granete. Eso es, usted lo impedirá.

Blanca. Y yo misma le estrangularé.

Granete. Y yo misma la estrangularé.

Blanca. ¿Que esta usted diciendo?

Granete. Que usted misma me estrangulará.

Blanca. Yo no, la Providencia.

Granete. Lo mismo me dá; por eso no hemos de reñir.

Blanca. Aún hay sociedad.

Granete. Sociedad.

Blanca. Y moralidad.

Granete. ......dad.
Blanca. Y justicia.
Granete. ......icia.
Blanca. Y yo discurro...
Granete. ......curro.
Blanca. (Este hombre está loco).
Granete. (Esta mujer está en el último grado de la locura).
Blanca. Váyase, coja la bomba y váyase.
Granete. Cuando venga González.
Blanca. Váyase por la salud de sus padres.
Granete. Duermen en sus mármoles, señora mía.
Blanca. Pues por la de sus hijos.
Granete. Aún no hé contraído.
Blanca. Pues por la del Espíritu Santo, váyase usted.
Granete. Pero señora si tengo que hablar con su hijo.
Blanca. ¿Con mi hijo? (Este hombre está loco. El crimen, el crimen que le trastorna). (Transición.) Mire usted, pasemos al comedor.
Granete. Superior.
Blanca. Toma usted algo...
Granete. ¡Magnifico!
Blanca. Y luego toma usted la puerta.
Granete. Prefiero otro postre.
Blanca. (A ver si le emborracho y le convenzo.)
Granete. (Me parece menos loca que antes.)
Blanca. (Me parece menos furioso.)
Granete. (Daré tiempo á que venga González.)
Blanca. Pase usted buen hombre, pase usted.
Granete. (¡Al fin, voy á reponerme!) Señora, á vuestra disposición. (Hacen mutis por la lateral.)

ESCENA XI.

ERNESTO y PURITA. por el foro.

Ernesto. ¿Y dices?..
Purita. Que ese señor Granizo ó Granuja ó Granillo ó como sea,

há estado hablando con un caballero que vino preguntando por usted.

Ernesto. ¿Y oíste gritos?

Purita. No señor.

Ernesto. ¿Ni oíste ruído de lucha?

Purita. Nada, no señor.

Ernesto. Es extraño. Bueno, nada más. ¡Ah! oye ¿y Granete?

Purita. En el comedor está con la señora.

Ernesto. Vaya, han hecho bien; el hombre estará desfallecido.

Purita. ¿Manda algo más el señorito?

Ernesto. Nada; puedes irte.

Purita. (¡Dios mío la que se va á armar en esta casa!) (Mútis foro).

ESCENA XII.

ERNESTO.

Ernesto. ¡Que talento tiene este Granete! De seguro que há derrochado toda su característica habilidad para librarme de este compromiso. Por supuesto, que será recompensado como se merece. ¡Ay, gracias á Dios que me veo libre de esa dichosa niña y de ese dichoso Carabinero, de quien tan á tiempo me han librado las astucias de Granete! Ya puedo dormir tranquilo y vivir en paz.

ESCENA XIII.

Dicho y PURITA, por el foro.

Purita. Señorito, un caballero pregunta por usted.

Ernesto. ¿Por mí?.. ¿Es el mismo de antes?

Purita. No señor, es todo lo contrario.

Ernesto. ¡Ah, vamos! Será el representante de la mina de oro «La Niña». Dile, dile que pase. (Vase Purita.)

ESCENA XIV.

ERNESTO y RONCILLON.

Ernesto. Si las condiciones que me proponga son aceptables, pronto saldré de esta casa y de esta suegra. «La Niña» me agradó mucho cuando estuve examinándola; es una mina de mucho porvenir.

Roncillón. ¡Buenas, muy buenas, buenísimas tardes!

Ernesto. Servidorísimo.

Roncillón. Caballero ¡Voto á una bomba Orsini!

Ernesto. Caballero...

Roncillón. Yo soy un hombre.

Ernesto. Enhorabuena.

Roncillón. Un hombre de mucho carácter, y cuando doy una palabra la cumplo.

Ernesto. Bien; ¿pero á que viene?..

Roncillón. ¿Que á que vengo? A llevarmelo á usted; yo soy así.

Ernesto. Hombre, hombre.

Roncillón. Usted dió palabra á la niña y usted la cumple.

Ernesto. Me tiene usted dispuesto á cumplirla.

Roncillón. ¿De veras? ¿No se rie usted de mi en mis bigotes?

Ernesto. Ni en su perilla; no señor, no me río.

Roncillón. ¡Voto á una bomba Orsini!.. Es usted un hombre.

Ernesto. ¿Lo dudaba?

Roncillón. No; pero como la juventud es irreflexiva...

Ernesto. Yo soy fiel cumplidor de mi palabra.

Roncillón. Así me gusta jóven; y crea usted que no se arrepentirá nunca de esta decisión porque la niña lo vale.

Ernesto. Ya lo creo; se puede sacar de ella un gran partido.

Roncillón. Indudablemente.

Ernesto. Y diga usted ¿sigue oliendo tan mal como cuando yo la visité?

Roncillón. ¡Hombre!

Ernesto. Tenía un olor á mineral que tiraba de espaldas.

Roncillón. No es extraño. (Estaría arreglando los quinqués.)

Ernesto. Por lo demás, es una joya, una mina de oro como pocas.

Roncillón. Sigue usted por lo visto enamorado de ella.

Ernesto. Siempre; yo soy muy constante en mis apreciaciones.

Roncillón. Así me gusta jóven. ¡Voto á una bomba Orsini! Es usted de los míos; inalterable, constante... ¡Usted me gusta jóven, usted me gusta!

Ernesto. Nunca se me olvidarán los hermosos subterráneas de «La Niña.»

Roncillón. ¡Re... bombas! ¿que está usted diciendo?

Ernesto. Si señor, fué lo primero que admiré.

Roncillón. ¡Caballero!

Ernesto. Y lo que más encanta al que há querido descender á ella.

Roncillón. ¡Canastos señor mío! Sería un gran honor para todos.

Ernesto. (Me parece que este buen representante no está en su cabal juicio.)

Roncillon. Pero en fin ¿Usted está dispuesto á cumplir la palabra dada?

Ernesto. Si señor; y tan complacido estoy con su oferta, que el próximo lunes nos pondremos en marcha para Andalucía.

Roncillon. Perfectamente. Yo para ese día habré terminado varios asuntillos y estaré por completo á su disposición.

Ernesto. Y yo á la suya.

Roncillon. Pues con su permiso me retiro. volveré á por usted para tener el gusto de que comamos juntos.

Ernesto. Siempre á su disposición. Ha tomado posesión de su casa

Roncillon. Muchas gracias querido González, muchas gracias. (Vase)

ESCENA XV.

ERNESTO

Ernesto. Decididamente soy el hombre de más suerte de toda la creación. El carabinero debe haber marchado á su tierra tan conforme, y yo entre tanto ultimo los detalles de la dirección de la mina y me preparo á levantar el vuelo. Todo ello merced al talento de Granete. ¡Oh! Granete; yo he de alzarte una estatua en mi corazón y he de alzarte

otra vez hasta tu destino de cinco mil reales con descuento. En fin voy á ver que es de su persona. De seguro que estará recitándole á mi Blanca los versos de su drama «La Bomba Redentora». ¡Pobre Granete, cuantas ilusiones se forja! (Vase lateral.)

ESCENA XVI

BLANCA

Blanca. (Saliendo por la lateral á poco de hacer mutis Ernesto). Es necesario que yo hable á Ernesto. Ese hombre nos puede comprometer. Ahí le dejo en el comedor comiendo ¡y de que manera! Con decir que empezó á comer por los postres, basta. ¿Pero que plan habrá fraguado ese hombre? ¿Porqué recibe á las visitas de mi marido en vez de recibirlas Ernesto? ¡Oh! Es necesario que yo libre á mi marido de las garras de ese hombre. Mi marido es un santo, un angel, y yo no quiero que le comprometa nadie. Voy ahora mismo á llamarle con cualquier pretexto, para hablarle, y para advertirle del peligro que corre. (Vase fondo).

ESCENA XVII

GRANETE

Granete. (Saliendo por la lateral con cierto recelo. Lleva puesta una servilleta al pecho y trae en la mano un queso de bola). No; pues lo que es este... (por el queso) este se lo escamoteo á González. Después de todo él es muy rico y solo cometo un pequeño abuso de confianza. ¿Habrá por aquí un periódico? (Reparando en el que dejó Blanca junto al balcón). Sí; aquí hay uno. (Lo coje y envuelve el queso en él.) ¡Ajajá! No se quejará González de que no miro por su levita. Ahora, á la despensa. (Trata de guardar el queso en el bolsillo trasero de la levita y al ver que no cabe lo intenta en el de los pantalones y chaleco.) Aquí tampoco... Ni aquí... ¡Ah pues lo que es ya, no te dejo! (abriendose el chaleco y colocándoselo como puede.) ¡Aquí! (se abrocha y hace mutis por la lateral. Escena rápida.)

ESCENA XVIII

PURITA, ALMEJOSO y RONCILLON.

Purita. Pasen, pasen ustedes; avisaré al señorito. (Váse.)

Almejoso. ¡Pero hombre que casualidad! Usted por Madrid y en esta casa, mi querido Roncillón.

Roncillón Sí; he venido únicamente á realizar los preparativos de la boda de mi hija.

Almejoso. ¿Se casa Margarita?

Roncillón. Si, con González.

Almejoso. ¿Con González? Imposible; si González es casado.

Roncillon. ¡Bombas Orsini! Que dice usted?

Almejoso. Si señor; casado.

Roncillón. Señor Rodríguez Almejoso, está usted en un error. No hace diez minutos hemos estado hablando y se me ofreció él mismo como esposo de mi niña.

Almejoso. Habrá enviudado.

Roncillón. No há sido casado nunca.

Almejoso, El nos sacará de dudas; aquí viene.

ESCENA XIX

DICHOS, GRANETE y ERNESTO.

Granete. Chico me hé hartado; parece imposible, pero me hé hartado. ¡Adios el carabinero!

Ernesto. ¡Cielo santo!

Roncillón. Señor González...

Almejoso. ¡Como! Si el señor González es este señor (Señalando á Granete.)

Roncillón. No, hombre, no; es este.

Granete. (Vaya; me aguaron la disgestión.)

Roncillón. (A Ernesto.) ¿Usted no es D. Ernesto González, Ingeniero?

Ernesto. Si señor.

Almejoso. *(A granete.)* ¿Y usted no es D. Ernesto Gonzalez, ingeniero también?

Granete. También.

Almejoso. ¿Lo ve usted?

Roncillón. ¿Lo esta usted viendo?

Almejoso. Lo que yo estoy viendo es que aquí hay dos Ingenieros y dos González.

Roncillón. Señores, calma, *(A Ernesto.)* Usted hace un momento, me prometió solemnemente cumplir el compromiso que tenía contraído...

Ernesto. Justo.

Roncillón. ¿Y como se atreve usted á prometer semejante cosa si resulta que está usted casado?

Ernesto. Caballero, ¿que tiene que ver que yo esté casado para que yo explote «La Niña»?

Roncillón. ¡Sin verguenza! ¿Por quién há tomado usted á mi hija?

Ernesto.
Granete. } ¿Como á su hija?

Roncillón. Si señor á mi hija, á mi Margarita, cuyas galerías, según usted ha dicho, se las sabe de memoria.

Granete. ¿Pero quién es usted?

Roncillón. Obdón Roncillón y Chupetón, Coronel de carabineros.

Ernesto. ¡Misericordia!

Granete. *(A Almejoso.)* ¿Pero usted quien es?

Almejoso. Beato Rodríguez Almejoso, representante de la mina de oro «La Niña» cuya dirección usted no aceptó y para la que está ya contratado un nuevo ingeniero.

Ernesto. ¡Como! ¿Usted el representante?.. ¡Ay Granete! me has partido por el eje.

Almejoso. ¿Como Granete? ¿Usted no es González?

Ernesto. No señor, no; es un animal. Ya lo saben ustedes. Yo soy González, el único, el auténtico. Temiendo su justa cólera le hice pasar por mí, y ya lo han visto ustedes, les ha confundido.

Roncillón. ¡Bien, muy bien, requetearchisuperbién! ¿Caballero?..

Ernesto. Perdóneme. Fué una ligereza el dar la palabra de casa-

miento á su niña. Lo confieso, máteme usted; lo merezco, pero ya no tiene remedio.

Roncillón. De mi no se ha reído nadie nunca.

Granete. (Parece imposible.)

Roncillón. He llegado á Coronel de carabineros á fuerza de ser bruto.

Granete. Aún, aún llegará usted á general de brigada.

Roncillón. Y las burlas de honra acostumbro á lavarlas con sangre.

Granete. (Pues tendrá este señor la honra del color de la longaniza.)

Roncillón. (Cojiendo á González de la solapa de la americana y sacudiéndole.) Y de mi no se burla nadie.

Almejoso. Amigo Roncillón ..

Roncillón. Pero nadie.

Granete. (Le há tamado por un incensario.)

Roncillón. Pero nadie. ¡Voto á una bomba Orsini!

ESCENA XX.

Dichos, JUEZ, CARPETEZ, y algunos individuos de la policía y de la curia.

Juez. ¡Alto á la autoridad!

Todos. ¿Que pasa?

Juez. A ver, Carpetez, ese es el anarquista. (Por Roncillón.)

Roncillón. ¡Voto á mil millones de bombas! ¿Qué está usted diciendo?

Juez. El mismo se delata. Carpetez, sujétele.

Roncillón. Carpetez, como se acerque usted le sepulto un puño en el abdomen.

Carpetez. Es que soy el alguacil de guardia.

Roncillón. Como si fuera usted un ama seca; me tiene sin cuidado.

Juez. Señor mío...

Ernesto. Señor Juez, estos señores estan en mi casa y no comprendo...

Juez. Hé recibido un anónimo en el que se me dice que aquí se oculta un terrible anarquista al que se le sigue la pista desde hace tiempo.

Ernesto. ¿En mi casa?

ESCENA XXI

DICHOS, BLANCA, por el foro.

Blanca. Si; yo soy la autora del anónimo y ese, (señalando á Granete.) ese es el asesino.

Ernesto. (Mi mujer.)

Granete. (La loca.)

Juez. ¿Y dice usted señora?..

Blanca. Que ese, ese es el criminal.

Granete. No le haga usted caso; está loca.

Juez. Carpetez, registre usted al señor.

Granete. Si, si, que se me registre; con eso se convencerán ustedes de mi inocencia.

Carpetez. Quítese usted la levita.

Ernesto. ¡Ah! eso nunca.

Juez. ¿Como?

Ernesto. No puedo permitir semejante cosa.

Juez. Caballero, no comprendo los motivos...

Ernesto. ¡Canario! Pues porque está mi señora aquí delante. ¿Usted sabe como tiene este pobre señor los interiores?

Juez. De cualquier manera hay que registrarle. Sospéchase fundadamente que este individuo lleva encima una máquina siniestra. Carpetez, cumpla usted su deber.

Carpetez. (Cojiéndole un brazo á Granete y dándole un violento tirón.) ¡Venga usted aquí!

Granete. ¡Ay que se me cae! *(Trata de contener el queso que lleva oculto pero se le cae al suelo produciendo un gran ruido.)*

Blanca. ¡Jesús!
Carpetez. ¡Horror!
Almejoso. ¡Cáspita!
Roncillón. ¡Zambomba!
(A un tiempo y dando todos un salto atrás.)

Juez. ¡¡Esa bomba!!..

Granete. ¡Quiá! ¡Si esto no es bomba, señor Juez!.. Véalo. (Lo recoje del suelo y se lo alarga al Juez.)

Juez. ¡¡Aparte!!. ¿Que es lo que usted intenta?

Granete. Pues... darle el queso; sencillamente darle el queso para

que se convenza de que yo no soy tal anarquista. (Lo deslía.)

Juez. ¿Y como entonces se le ha oído á usted hablar de una bomba redentora?

Granete. ¿De una bomba redentora?.. (Con alegria.) ¡Ah ya caigo! Si ese es mi último drama.

Ernesto. ¡Já, já!.. Efectivamente. (Vá á la mesa y coje el manuscrito del drama). Aquí tiene usted señor Juez el cuerpo del delito.

Juez. ¿Luego se trata de un *quid pro cuod*?

Granete. Sin duda alguna.

Juez. Pues tiene gracia. (Todos rien.)

Ernesto. Señores, agradecería á ustedes aceptaran una copita en honor al lance.

Todos. Aceptada.

Roncillón. Si, aceptada y pelillos á la mar, que caramba.

Ernesto. Pues pasemos al comedor. (Dispónense á pasar).

ESCENA FINAL.

DICHOS y PURITA, Por el foro.

Purita. ¡Señoritos, señoritos!

Ernesto. ¿Que, que es lo que pasa?

Purita. Que la mamá de la señorita há cojido todos los sombreros del perchero y está jugando con ellos al *foto-bal*

Almejoso. ¡Dios santo, mi cabeza!

Carpetez. ¡Mi hongo!

Roncillón. ¡Mi chistera!

Granete. ¡Ay mi paja!

(Se dirigen todos precipitadamente al foro.)

Ernesto. (Deteniendo á Granete). Espera, hombre, espera. Antes que la salvación de tu sombrero están los respetos que debemos al público.

Granete. Es verdad.

(Al público.)

Aquí, con planta insegura,
no acierto á pedirte nada;
y en tan terrible tortura
sólo espero mi ventura
del eco de tu palmada.

TELON.

OBRAS DE LINARES BECERRA

El Sanatorio.
Penetrar el pensamiento.
Los dos cienos.
¡Gloria á Cervantes!
El Caserío.
Alma Española.
Granete.



De venta en la librería de la Sociedad de Autores Españoles: Arenal, 20.—Madrid.

Precio: UNA peseta